



XV

En lo alto de la escalera, en el descanso del primer piso, doña Paula, con una palmatoria en una mano y el cordel de la puerta de la calle en la otra, veía silenciosa, inmóvil, á su hijo subir lentamente con la cabeza inclinada, oculto el rostro por el sombrero de anchas alas.

Le había abierto ella misma, sin preguntar quién era, segura de que tenía que ser él. Ni una palabra al verle. El hijo subía y la madre no se movía, parecía dispuesta á estorbarle el paso, allí en medio, tiesa, como un fantasma negro, largo y anguloso.

Cuando De Pas llegaba á los últimos peldaños, doña

Paula dejó el puesto y entró en el despacho. Don Fermín la miró entonces, sin que ella le viese.

Reparó que su madre traía parches untados con sebo sobre las sienes; unos parches grandes, ostentosos.

«Lo sabe todo» pensó el Provisor. Cuando su madre callaba y se ponía parches de sebo, daba á entender que no podía estar más enfadada, que estaba furiosa. Al pasar junto al comedor, De Pas vió la mesa puesta con dos cubiertos. Era temprano para cenar, otras noches no se extendía el mantel hasta las nueve y media; y acababan de dar las nueve.

Doña Paula encendió sobre la mesa del despacho el quinqué de aceite con que velaba su hijo.

Él se sentó al sofá, dejó el sombrero á un lado y se limpió la frente con el pañuelo. Miró á doña Paula.

—¿Le duele la cabeza, madre?

—Me ha dolido. ¡Teresina!

—Señora.

—¡La cena!

Y salió del despacho. El Provisor hizo un gesto de paciencia y salió tras ella. «No era todavía hora de cenar, faltaban más de cuarenta minutos... pero ¿quién se lo decía á ella?»

Doña Paula se sentó junto á la mesa, de lado, como los cómicos malos en el teatro. Junto al cubierto de don Fermín había un palillero, un taller con sal, aceite y vinagre. Su servilleta tenía servilletero, la de su madre no.

Teresina, grave, con la mirada en el suelo, entró con el primer plato, que era una ensalada.

—¿No te sientas?—preguntó al Provisor su madre.

—No tengo apetito... pero tengo mucha sed...

—¿Estás malo?

—No, señora... eso no.

—¿Cenarás más tarde?

—No, señora, tampoco...

El Magistral ocupó su asiento enfrente de doña Paula, que se sirvió en silencio.

Con un codo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano, De Pas contemplaba á su señora madre, que comía de prisa, distraída, más pálida que solía estar, con los grandes ojos azules, claros y fríos fijos en un pensamiento que debía de ver ella en el suelo.

Teresina entraba y salía sin hacer ruido, como un gato bien educado. Acercó la ensalada al señorito.

—Ya he dicho que no ceno.

—Déjale, no cena. Ella no lo había oído, hombre.

Y acarició á la criada con los ojos.

Nuevo silencio.

De Pas hubiera preferido una discusión inmediatamente. Todo, antes que los parches y el silencio. Estaba sintiendo náuseas y no se atrevía á pedir una taza de te. Se moría de sed, pero temía beber agua.

Doña Paula hablaba con Teresa más que de costumbre y con una amabilidad que usaba muy pocas veces.

La trataba como si hubiera que consolarla de alguna desgracia de que en parte tuviera la misma doña Paula la culpa. Esto al menos creyó notar el Magistral.

Faltaba algo que estaba en el aparador y el ama se levantaba y lo traía ella misma.

Pidió azúcar don Fermín para echarlo en el vaso de agua y su madre dijo:

—Está arriba la azucarera, en mi cuarto... Deja, iré yo por ella.

—Pero, madre...

—Déjame.

Teresina quedó á solas con su amo y mientras le servía agua dejando caer el chorro desde muy alto, suspiró discretamente.

De Pas la miró, un poco sorprendido. Estaba muy guapa; parecía una virgen de cera. Ella no levantó los

ojos. De todas maneras, le era antipática. Su madre la mimaba y á los criados no hay que darles alas.

Bajó doña Paula y cuando salió Teresina dijo, mientras miraba hacia la puerta:

—La pobre no sé cómo tiene cuerpo.

—¿Por qué?—preguntó don Fermín que acababa de oír el primer trueno.

Su madre, que estaba en pie junto á él, revolviendo el azúcar en el vaso, le miró desde arriba con gesto de indignación.

—¿Por qué? Ha ido esta tarde dos veces á Palacio, una vez á casa del Arcipreste, otra á casa de Carras-pique, otra á casa de Páez, otra á casa del Chato, dos á la catedral, dos á la Santa Obra, una vez á las Paulinas, otra... ¡qué sé yo! Está muerta la pobre.

—¿Y á qué ha ido?—contestó De Pas al segundo trueno.

Pausa solemne. Doña Paula volvió á sentarse y haciendo alarde de una paciencia, que ni la de un santo, dijo, con mucha calma, pesando las sílabas:

—Á buscarte, Fermo, á eso ha ido.

—Mal hecho, madre. Yo no soy un chiquillo para que se me busque de casa en casa. ¿Qué diría Carras-pique, qué diría Páez?... Todo eso es ridículo...

—Ella no tiene la culpa; hace lo que le mandan. Si está mal hecho, riñeme á mí.

—Un hijo no riñe á su madre.

—Pero la mata á disgustos; la compromete, compromete la casa... la fortuna, la honra... la posición... todo... por una... por una... ¿Dónde ha comido Vd.?

Era inútil mentir, además de ser vergonzoso. Su madre lo sabía todo de fijo. El Chato se lo habría contado, el Chato que le habría visto apear-se de la carretela en El Espolón.

—He comido con los marqueses de Vegallana; eran los días de Paquito; se empeñaron... no hubo reme-

dio; y no mandé aviso... porque era ridículo, porque allí no tengo confianza para eso...

—¿Quién comió allí?

—Cincuenta, ¿qué sé yo?

—¡Basta, Fermo, basta de disimulos!—gritó con voz ronca la de los parches. Se levantó, cerró la puerta, y en pie y desde lejos prosiguió:

—Has ido allí á buscar á esa... señora... has comido á su lado... has paseado con ella en coche descubierto, te ha visto toda Vetusta, te has apeado en el Espolón; ya tenemos otra Brigadiera... Parece que necesitas el escándalo, quieres perderme.

—¡Madre! ¡madre!...

—¡Si no hay madre que valga! ¿te has acordado de tu madre en todo el día? ¿No la has dejado comer sola, ó mejor dicho, no comer? ¿te importó nada que tu madre se asustara, como era natural? ¿Y qué has hecho después hasta las diez de la noche?

—¡Madre, madre, por Dios! yo no soy un niño...

—No, no eres un niño; á ti no te duele que tu madre se consuma de impaciencia, se muera de incertidumbre... La madre es un mueble que sirve para cuidar de la hacienda, como un perro; tu madre te da su sangre, se arranca los ojos por ti, se condena por ti... pero tú no eres un niño, y das tu sangre, y los ojos, y la salvación... por una mujerota...

—¡Madre!

—¡Por una mala mujer!

—¡Señora!

—Cien veces, mil veces peor, que esas que le tiran de la levita á don Saturno, porque esas cobran, y dejan en paz al que las ha buscado; pero las señoras, chupan la vida, la honra... deshacen en un mes lo que yo hice en veinte años... ¡Fermo... eres un ingrato!... ¡eres un loco!

Se sentó fatigada y con el pañuelo que traía á

la cabeza improvisó una banda para las sienas.

—¡ Va á estallarme la frente!

—¡ Madre, por Dios! sosiéguese Vd. Nunca la he visto así... ¿ Pero qué pasa? ¿ qué pasa?... Todo es calumnia.. y qué pronto... qué pronto... la han urdido! ¡ Qué Brigadiera ni qué señoronas... si no hay nada de eso... si yo le juro que no es eso... si no hay nada!

—No tienes, corazón, Fermo, no tienes corazón.

—Señora, ve Vd. lo que no hay... yo le aseguro...

—¿ Qué has hecho hasta las diez de la noche? Rondar la casa de esa gigantona... de fijo...

—¡ Por Dios, señora! esto es indigno de Vd. Está Vd. insultando á una mujer honrada, inocente, virtuosa; no he hablado con ella tres veces... es una santa...

—Es una como las otras.

—¿ Cómo que otras?

—Como las otras.

—¡ Señora! ¡ Si la oyeran á Vd.!

—¡ Ta, ta, ta! Si me oyeran me callaría. Fermo... á buen entendedor... Mira, Fermo... tú no te acuerdas, pero yo sí... yo soy la madre que te parió ¿ sabes? y te conozco... y conozco el mundo... y sé tenerlo todo á cuenta... todo... Pero de estas cosas no podemos hablar tú y yo... ni á solas... ya me entiendes... pero... bastante buena soy, bastante he callado, bastante he visto.

—No ha visto Vd. nada...

—Tienes razón... no he visto... pero he comprendido y ya ves... nunca te hablé de estas... porquerías, pero ahora parece que te complaces en que te vean... te tomas por el peor camino...

—Madre... Vd. lo ha dicho, es absurdo, es indecoroso que Vd. y yo hablemos, aunque sea en cifra, de ciertas cosas...

—Ya lo veo, Fermo, pero tú lo quieres. Lo de hoy ha sido un escándalo.

—Pero si yo le juro á Vd. que no hay nada; que esto no tiene nada que ver con todas esas otras calumnias de antaño...

—Peor; peor que peor... Y sobre todo, lo que yo temo es que el otro se entere, que Camoirán crea todo eso que ya dicen.

—¡ Que ya dicen! ¡ En dos días!

—Sí, en dos; en medio... en una hora... ¿ No ves que te tienen gana? ¿ que llueve sobre mojado?... ¿ Hace dos días? Pues ellos dirán que hace dos meses, dos años, lo que quieran. ¿ Empieza ahora? Pues dirán que ahora se ha descubierto. Conocen al Obispo, saben que sólo por ahí pueden atacarte... Que le digan á Camoirán que has robado el copón... no lo cree... pero eso sí; acuérdate de la Brigadiera!...

—¡ Qué Brigadiera... madre... qué Brigadiera!... Es que no podemos hablar de estas cosas... pero... si yo le explicara á Vd...

—No necesito saber nada... todo lo comprendo... todo lo sé... á mi modo. Fermo, ¿ te fué bien toda la vida dejándote guiar por tu madre, en estas cosas miserables de tejas abajo? ¿ Te fué bien?

—Sí, madre mía, sí!

—¿ Te saqué yo ó no de la pobreza?

—Sí, madre del alma!

—¿ No nos dejó tu pobre padre muertos de hambre y con el agua al cuello, todo embargado, todo podrido?

—Sí, señora, sí... y eternamente yo...

—Déjate de eternidades... yo no quiero palabras, quiero que sigas creyéndome á mí; yo sé lo que hago. Tú predicas, tú alucinas al mundo con tus buenas palabras y buenas formas... yo sigo mi juego. Fermo, si siempre ha sido así, ¿ por qué te me tuerces? ¿ Por qué te me escapás?

—Si no hay tal, madre.

—Sí hay tal, Fermo. No eres un niño, dices... es verdad... pero peor si eres un tonto... Sí, un tonto con toda tu sabiduría. ¿Sabes tú pegar puñaladas por la espalda, en la honra? Pues mira al Arcediano, torcido y todo, las da como un maestro... ahí tienes un ignorante que sabe más que tú.

Doña Paula se había arrancado los parches, las trenzas espesas de su pelo blanco cayeron sobre los hombros y la espalda; los ojos apagados casi siempre, echaban fuego ahora, y aquella mujer cortada á chazos parecía una estatua rústica de la Elocuencia prudente y cargada de experiencia.

La tempestad se había deshecho en lluvia de palabras y consejos. Ya no se reñía, se discutía con calor, pero sin ira. Los recuerdos evocados, sin intención patética, por doña Paula, habían enternecido á Fermo. Ya había allí un hijo y una madre, y no había miedo de que las palabras fuesen rayos.

Doña Paula no se enternecía, tenía esa ventaja. Llamaba mojigangas á las caricias, y quería á su hijo mucho á su manera, desde lejos. Era el suyo un niño opresor, un tirano. Fermo, además de su hijo era su capital, una fábrica de dinero. Ella le había hecho hombre, á costa de sacrificios, de vergüenzas de que él no sabía ni la mitad, de vigiliadas, de sudores, de cálculos, de paciencia, de astucia, de energía y de pecados sórdidos; por consiguiente no pedía mucho si pedía intereses al resultado de sus esfuerzos, al Provisor de Vetusta. El mundo era de su hijo, porque él era el de más talento, el más elocuente, el más sagaz, el más sabio, el más hermoso; pero su hijo era de ella, debía cobrar los réditos de su capital, y si la fábrica se paraba ó se descomponía, podía reclamar daños y perjuicios, tenía derecho á exigir que Fermo continuase produciendo.

En Matalerejo, en su tierra, Paula Raíces vivió mu-

chos años al lado de las minas de carbón en que trabajaba su padre, un miserable labrador que ganaba la vida cultivando una mala tierra de maíz y patatas, y con la ayuda de un jornal. Aquellos hombres que salían de las cuevas negros, sudando carbón y con los ojos hinchados, adustos, blasfemos como demonios, manejaban más plata entre los dedos sucios que los campesinos que removían la tierra en la superficie de los campos y segaban y amontonaban la yerba de los prados frescos y floridos. El dinero estaba en las entrañas de la tierra; había que cavar hondo para sacar provecho. En Matalerejo, y en todo su valle, reina la codicia, y los niños rubios de tez amarillenta que pululan á orillas del río negro que serpea por las faldas de los altos montes de castaños y helechos, parecen hijos de sueños de avaricia. Paula era de niña rubia como una mazorca; tenía los ojos casi blancos de puro claros, y en el alma, desde que tuvo uso de razón, toda la codicia del pueblo junta. En las minas, y en las fábricas que las rodean, hay trabajo para los niños en cuanto pueden sostener en la cabeza un cesto con un poco de tierra. Los ochavos que ganan así los hijos de los pobres, son en Matalerejo la semilla de la avaricia arrojada en aquellos corazones tiernos; semilla de metal que se incrusta en las entrañas y jamás se arranca de allí. Paula veía en su casa la miseria todos los días; ó faltaba pan para cenar ó para comer; el padre gastaba en la taberna y en el juego lo que ganaba en la mina.

La niña fué aprendiendo lo que valía el dinero, por la gran pena con que los suyos lo lloraban ausente. Á los nueve años era Paula una espiga tostada por el sol, larga y seca: ya no se reía: pellizcaba á las amigas con mucha fuerza, trabajaba mucho y escondía cuartos en un agujero del corral. La codicia la hizo mujer antes de tiempo; tenía una seriedad prematura, un juicio firme y frío.

Hablaba poco y miraba mucho. Despreciaba la pobreza de su casa y vivía con la idea constante de volar... de volar sobre aquella miseria. Pero ¿cómo? Las alas tenían que ser de oro. ¿Dónde estaba el oro? Ella no podía bajar á la mina.



Su espíritu observador notó en la iglesia un filón menos oscuro y triste que el de las cuevas de allá abajo. «El cura no trabajaba y era más rico que su padre y los demás cavadores de las minas. Si ella fuera hombre no pararía hasta hacerse cura. Pero podía ser ama como la señora Rita.» Comenzó á frecuentar la iglesia; no perdió novena, ni rogativas, ni misiones, ni rosario y siempre salía la última del templo. Los vecinos de Matalerejo habían enterrado la antigua piedad entre el carbón; eran indiferentes y tenían fama de herejes en los pueblos comarcanos. Por esto pudo notar la se-

ñora Rita la piedad de Paula bien pronto. «La hija de Antón Raíces, le dijo al señor cura, tira para santa, no sale de la iglesia.» El cura habló á la chicuela, y aseguró á Rita que era una Teresa de Jesús en ciernes. En una enfermedad del ama, el párroco pidió á Raíces su hija para reemplazar á Rita en su servicio. Rita sanó pero Paula no salió de la Rectoral. Se acabó el ir y venir con el cesto de tierra. Se vistió de negro, y por amor de Dios se olvidó de sus padres. Á los dos años la señora Rita salía de la casa del cura enseñando los puños á Paula y llevándose en un cofre sus ahorros de veinte años. El cura murió de viejo y el nuevo párroco, de treinta años, admitió á la hija de Raíces como parte integrante de la casa Rectoral. Paula era entonces una joven alta, blanca, fresca, de carne dura y piel fina, pero mal hecha. Una noche, á las doce, á la luz de la luna salió de la Rectoral, que estaba en lo alto de una loma rodeada de castaños y acacias, cien pasos más abajo de la Iglesia. Llevaba en los brazos un pañuelo negro que envolvía ropa blanca. Detrás de ella salió una sombra, con gorro de dormir, y en mangas de camisa... Al ver que la seguían, Paula corrió por la callejuela que bajaba al valle. El del gorro la alcanzó, la cogió por la saya de estameña y la obligó á detenerse; hablaron; él abría los brazos, ponía las manos sobre el corazón, besaba dos dedos en cruz; ella decía no con la cabeza. Después de media hora de lucha, los dos volvieron á la Rectoral; entró él, ella detrás y cerró por dentro después de decir á un perro que ladraba:

—Chito, Nay, que es el amo!

Paula fué el tirano del cura desde aquella noche, sin mengua de su honor. Un momento de flaqueza en la soledad le costó al párroco, sin saciar el apetito, muchos años de esclavitud. Tenía fama de santo; era un joven que predicaba moralidad, castidad, sobre todo

á los curas de la comarca, y predicaba con el ejemplo. Y una noche, reparando al cenar que Paula era mal formada, angulosa, sintió una lascivia de salvaje, irresistible, ciega, excitada por aquellos ángulos de carne y hueso, por aquellas caderas desairadas, por aquellas piernas largas, fuertes, que debían de ser como las de un hombre. Á la primer insinuación amorosa, brusca, significada más por gestos que por palabras, el ama contestó con un gruñido, y fingiendo no comprender lo que le pedían; á la segunda intentona, que fué un atacar brutal, sin arte, de hombre casto que se vuelve loco de lujuria en un momento, Paula dió por respuesta un brinco, una patada; y sin decir palabra se fué á su cuarto, hizo un lío de ropa, símbolo de despedida, porque tenía allí muchos baúles cargados de trapos y otros artículos, y salió diciendo desde la escalera:

—¡ Señor cura! yo me voy á dormir á casa de mi padre.

La transacción le costó al clérigo humillarse hasta el polvo, una abdicación absoluta. Vivieron en paz en adelante, pero él vió siempre en ella á su señor de horca y cuchillo; tenía su honor en las manos; podía perderle. No le perdió. Pero una noche, cuando el cura cenaba, tarde, después de estudiar, Paula se acercó á él y le pidió que la oyese en confesión.

—Hija mía ¿á estas horas?

—Sí, señor, ahora me atrevo... y no respondo de volver á atreverme jamás.

Le confesó que estaba en cinta.

Francisco de Pas, un licenciado de artillería, que entraba mucho en casa del cura, de quien era algo pariente, la había requerido de amores y ella le había contestado á bofetadas—el cura se puso colorado; se acordó de la patada que había recibido él—pero el licenciado había sido terco, y había vuelto á requebrar-

la, y á prometerla casarse en cuanto sacaran el estanco que le tenían prometido los del Gobierno; ella se había tranquilizado y desde entonces admitía al habla aquel buque sospechoso. Según costumbre de la tierra, iba el de artillería á hablar con Paula á media noche, no por la reja, que no las hay en Matalerejo, sino en el corredor de la panera, una casa de tablas sostenida por anchos pilares á dos ó tres varas del suelo. Allí dormía ella en el verano. Francisco faltó una noche á lo convenido, fué audaz, pasó del corredor al interior de la panera; luchó Paula, luchó hasta caer rendida—lo juraba ante un Cristo,—rendida por la fuerza del artillero. Desde aquella noche le tomó ojerriza, pero quería casarse con él. De aquella traición acaso nació Fermín á los dos meses de haber unido el buen párroco á Paula y Francisco con lazo inquebrantable. Todos los vecinos dijeron que Fermín era hijo del cura, quien dotó al ama con buenas peluconas. Francisco de Pas no era interesado; siempre había tenido intención de casarse con Paula, pero los vecinos le habían llenado el alma de sospechas y espinas, y él, creyendo que podía el cura estar riéndose de un licenciado, hizo lo que hizo. Pero aquella noche que fué como la de una batalla á oscuras, terrible, le convenció de la inocencia del párroco y de la virtud de Paula. Aquello no se fingía; mucho sabía el artillero de las trampas del mundo, de las doncellas falsas, pero él se fué á su casa al alba persuadido de que había vencido, bien ó mal, una honra verdadera. Y volvió á su proyecto de casarse con el ama del cura. Así se lo juró á ella, de rodillas, como él había visto á los galanes en los teatros, allá por el mundo adelante. «—Yo te pediré á tus padres y al cura mañana mismo.—No, dijo ella, ahora no.» Y siguieron viéndose. Cuando Paula estuvo segura de que había fruto de aquella traición, ó de las concesiones subsiguientes, dijo á su novio: «Ahora

se lo digo al amo y tú, cuando él te llame, te niegas á casarte, dices que dicen que no eres tú solo... que en fin...—Sí, sí, ya entiendo.—¡Lo que sospechabas, animal!—Sí, ya sé.—Pues eso.—¿Y después?—Después deja que el cura te ofrezca... y no digas que bueno á la primer promesa; deja que suba el precio... ni á la segunda. A la tercera date por vencido...



Y así fué. Paula arrancó de una vez al pobre párroco de Matalerejo, el más casto del Arciprestazgo, el resto del precio que ella había puesto al silencio. ¡Con qué fervor predicaba el buen hombre después la castidad firme! «Un momento de debilidad te pierde, pecador; basta un momento! Un deseo, un deseo que no sacias siquiera, te cuesta la salvación» (y todos tus ahorros, y la paz del hogar, y la tranquilidad de toda la vida, añadía para sus adentros).

Paula compró grandes partidas de vino y lo vendía al pormayor á los taberneros de Matalerejo; empezó

bien el comercio gracias á su inteligencia, á su actividad. Ella trabajaba por los dos. Francisco era muy *fantástico*, según su mujer. Le gustaba contar sus hazañas, y hasta sus aventuras, esto en secreto, después de colocar unos cuantos pellejos de Toro, al beber en compañía del parroquiano. Era rumboso y en el calor de la amistad improvisada en la taberna abría créditos exorbitantes á los taberneros, sus consumidores. Esto originó reyertas trágicas; hubo sillas por el aire, cuchillos que acababan por clavarse en una mesa de pino, amenazas sordas y reconciliaciones expresivas, por parte del artillero; secas, frías, nada sinceras por parte de su mujer. La manía de dar al fiado llegó á ser un vicio, una pasión del manirroto licenciado. Le gustaba darse tono de rico y despreciaba el dinero con gran prosopopeya. «¡Los países que él había visto! ¡las mujeres que él había seducido, allá muy lejos!» Sus amigos los taberneros que no habían visto más río que el de su patria, le engañaban al segundo vaso. Mientras él se perdía en sus recuerdos y en sus sueños pretéritos, que daba por realizados, sus compadres interrumpiéndole, entre alabanzas y admiraciones le sacaban pellejos y más pellejos de vino pagaderos... «De eso no había que hablar.» «El hombre es honrado» decía el Artillero y añadía: «Si yo tengo un duro, pongo por ejemplo, y un amigo, por una comparación, necesita ese duro... y quien dice un duro dice veinte arrobas de vino, pongo por caso...» Pocos años necesitó, á pesar de la prosperidad con que el comercio había empezado, para tocar en la bancarrota. Se atrevió un parroquiano á no pagar y tras él fueron otros y al fin no le pagaba casi nadie. Paula, que había dominado á dos curas, y estaba dispuesta á dominar el mundo, no podía con su marido. «Lo que tú quieras, tienes razón, decía él,» y á la media hora volvía á las andadas. Si ella se irritaba, se le acababa á él